

Egipto: epílogo de una revolución arrebatada

jul 10

* M^a Dolores Algora Weber

Aunque pronosticar el futuro inmediato de la situación en Egipto resulta complicado, se pueden señalar algunos de los factores clave para el análisis de lo que acaba de pasar y queda por venir.

Desde que en enero de 2011 se iniciara la revolución egipcia, la movilización callejera no ha cesado. La situación ha llegado a dónde tenía que llegar. Los partidos islamistas se han hecho con el control de una situación que no fue provocada por ellos. Salieron beneficiados de una *primavera árabe* a la que se habían incorporado sin haber sido los principales protagonistas de las algaradas que llevaron al final de la dictadura de Mubarak. Es por eso que los sectores seculares no se han resignado a aceptar lo que han sentido como una revolución arrebatada. Los Hermanos Musulmanes no han tenido la visión necesaria para asumir este préstamo democrático. Al contrario, se han apropiado del contexto político para conducir a los egipcios hacia una hegemonía que no han estado dispuestos a tolerar quienes fueron los artífices del cambio. Los islamistas se han valido de su extensa red social para hacerse con el poder, pero no lo han sabido gestionar bajo los principios que se esperaban de una ocasión histórica como fue la de la revolución del 25 de enero. El presidente Mursi se ha dotado de unas atribuciones que han convertido el proceso de transición en un enredo de legitimidades que ha acabado por enfrentarle a todos los actores decisivos: los grupos de la oposición política, la sociedad civil, la Judicatura y el Ejército.

A ello se le suma que, en dos años, la economía ha caído paralizando el sector productivo y dejando a la libra egipcia en unos niveles que no parecen augurar prosperidad alguna, mientras los jóvenes de la Plaza Tahrir siguen incrementando las cifras del desempleo. En definitiva, nada de “Pan, libertad y justicia social”. A cambio, se ha dado lugar a una sociedad cansada y desconcertada en un proceso que no avanza hacia los que fueron los objetivos movilizados.

Estas circunstancias obligan a matizar lo que, al menos en su apariencia, se pudiera parecer a un golpe de Estado, pues lo que se ha vivido en Egipto ha sido un golpe civil que se ha valido de la herramienta militar para frenar la usurpación de la democracia. Se plantea una cuestión tan polémica como excepcional: el uso de la fuerza a favor de las aspiraciones de la nación. No se trata de una élite iluminada, sino de unas Fuerzas Armadas que han respondido a una demanda popular masiva. La acción militar ha venido respaldada por la campaña previa de recogida de firmas del Movimiento *Tamarod*, que ha canalizado el descontento ciudadano frente a quienes, con su gestión, se han ido deslegitimando a pesar de la confianza alcanzada en los sufragios. Sin embargo, por muy justificada que pudiera estar esta acción, no deja de estar rodeada de peligros que hacer prever lo crucial que será la actitud del Ejército una vez más en el devenir egipcio. Los militares han asumido su responsabilidad al evitar poner en riesgo la seguridad nacional, pero a su vez, con su posición se han obligado a garantizar el diálogo nacional.

En este contexto, la complejidad de los hechos que hoy suceden en El Cairo radica en que la democracia en Egipto no podrá prosperar en el futuro sin la presencia de los Hermanos Musulmanes. Al presidente Mursi le puede haber faltado experiencia política para el consenso, pero representa la elección de una parte de la sociedad que tampoco está dispuesta a ser ignorada en sus aspiraciones. El encarcelamiento de sus seguidores no puede ser sostenido más allá de las medidas inmediatas para evitar la violencia, si es que ello no produce el efecto contrario. La inclusión de los islamistas en el juego político democrático es una condición esencial para el funcionamiento de la comunidad nacional egipcia, a pesar de todas las ambigüedades que de ello se desprendan. De otra forma, lo único que se habrá conseguido es volver al pasado. Esta es la paradoja a la que se enfrentan los egipcios: sin el engranaje entre secularismo e islamismo no habrá gobernanza posible para el país de los faraones.

Hacer encajar las piezas de este puzle resulta tan difícil como imprescindible. Los Hermanos Musulmanes, bien organizados y jerarquizados, no se escapan de una división interna que les ha llevado a enfrentarse incluso con los ulemas de al-Azhar. Pero los sectores seculares sufren una fragmentación mayor, sólo enmascarada por la oposición al islamismo en ese disperso Frente de Salvación Nacional. Este es el espectro de una sociedad polarizada, cuya fragilidad aflorará con el desgaste de la situación, si se prolonga en el tiempo. De ahí, lo comprometido de cada una de las decisiones que el gobierno interino y los militares tomen en este momento. Por tanto, otra condición prioritaria para salvar que la situación lleve a un enfrentamiento civil será impedir una quiebra interna de cada uno de las partes.

La reconducción de la Hermandad Musulmana hacia la tolerancia pasa por el alejamiento de sus miembros de las filas salafistas, que los han llevado hacia la intransigencia en su cometido gubernamental. La infiltración de los seguidores de al-Nur entre el electorado, que ha propiciado el ascenso de Mursi a la Presidencia, ha resultado fatal para la deriva que ha experimentado la política islamista. Los salafistas serán, como ya lo han sido, los más beneficiados del conflicto social. Es importante que no lleve a engaños su actual oposición al presidente, pues sus fines nada tienen en común con los del resto de la sociedad egipcia. El salafismo ha sido el mejor aval con el que ha contado la Constitución, fruto de lo cual se han multiplicado las manifestaciones de protesta desde que fuera aprobada en diciembre de 2012. Resulta pues, otro factor fundamental, frenar el ascenso del radicalismo en medio de este escenario. Mucho más si se tiene en cuenta el riesgo que ello implica para los autóctonos sectores coptos. La movilización de la sociedad egipcia tiene carácter nacional, pero entraña escollos que pueden conducirla hacia el choque religioso a pesar de los esfuerzos por alejarla de este perfil.

De esta realidad se deducen las consecuencias de esta situación más allá de las fronteras de Egipto. En unos momentos en los que se está produciendo un relevo de los actores internacionales que actúan en la región de Oriente Próximo no se puede eludir el posicionamiento de los Estados del Golfo. Es esencial para el futuro del país evitar las influencias externas, ya no sólo por el clásico occidentalismo, sino porque el contexto regional invita a una insoslayable inquietud en cuanto a la evolución que pueda experimentar la coyuntura egipcia. La pérdida de su estabilidad interna afectaría inmediatamente a Libia y Palestina, ensombreciendo y retrasando todavía más una solución para Siria.

Estaba fuera de todo pronóstico pensar que la *primavera árabe* sería un proceso breve y poco doloroso. En ese largo camino, lo que sucede en Egipto deja tantas lecciones como interrogantes.

Entre las primeras: la asonada callejera es muestra de cómo la revolución ha calado en la sociedad egipcia, definitivamente enfrentada al miedo que imponen las dictaduras, sea cuál sea su signo, lo que sólo puede interpretarse como un aviso para navegantes. Las sociedades árabo-musulmanas no van a desislamizarse, perdiendo su identidad, pero existen amplios sectores que no van a transigir con autocracias predispuestas a la involución. No hay marcha atrás en las mentalidades de las sociedades árabes. Islamismo y secularismo están obligados a encontrar una vía de reconciliación que proporcione un sistema de gobernanza que los haga compatibles. La expansión de una red social fundamentada en la caridad musulmana no es garantía *per se* de un buen gobierno. La creación del Partido Libertad y Justicia no ha solventado la complejidad de la gobernabilidad de un país de más de ochenta millones de habitantes, que además de pan, querían libertad.

Entre las cuestiones que se plantean, la más evidente es el futuro que se puede esperar del modelo político egipcio, visto todo lo anterior. ¿Será el Ejército capaz de orientar un proceso civil hacia un orden constitucional o asistiremos a una réplica del prototipo argelino?. A día de hoy resulta difícil dar respuesta a esta cuestión. Pero, mientras se dirime este dilema, cada decisión, cada manifestación o cada provocación, se vuelven determinantes y lo único cierto es la ocasión histórica que los Hermanos Musulmanes han perdido de convertir a la sociedad egipcia en el modelo para la gobernanza de los países árabes del siglo XXI. Mursi fue la oportunidad, ¿están todavía sus partidarios en condiciones de retomar el camino hacia una transición consensuada?. Ojalá que sí: mejor diálogo que intifada. Pero, ¿estará la oposición dispuesta a aceptar el resultado de unas elecciones que lleven de nuevo a la Hermandad al poder?. No lo sabemos.

***M^a Dolores Algora Weber. Profesora Historia Contemporánea de la Universidad CEU San Pablo**